
PILLING, David (2019)

El delirio del crecimiento,

Ediciones Taurus, Barcelona

De un tiempo a esta parte, se ha iniciado un debate político y académico en torno a la medición del bienestar de una sociedad. Este debate se ha visto alimentado por la desconexión existente entre la evolución de las estadísticas económicas más relevantes y la percepción que de la situación económica tiene gran parte de la sociedad. Se dice que vivimos la época de mayor prosperidad de la historia, pero la gente mira con temor al futuro, desde la nostalgia por el pasado.

En su libro, David Pilling, periodista económico con una trayectoria de 25 años en el *Financial Times*, aborda esta discordancia desde el análisis de la magnitud que más atención recibe en política económica: el Producto Interior Bruto (PIB). Y lo hace preguntándose por qué hemos caído en una obsesión generalizada por el crecimiento económico, es decir, por la expansión del PIB. O, en otras palabras, preguntándose si de verdad el PIB es una herramienta adecuada para medir aquello que queremos lograr como sociedad.

Pilling mira al origen del PIB para dar una primera respuesta. El padre intelectual de esta variable fue el economista estadounidense, de origen bielorruso, Simon Kuznets. La economía estadounidense se había visto sumida en la Gran Depresión, tras el crack de 1929. Y Roosevelt presidente de Estados Unidos, necesitaba alguna medición del impacto que había tenido la crisis económica y financiera. Kuznets se aplicó en esta labor, en la que ya había estado trabajando, y desarrolló un indicador que comprimía en un solo valor la actividad económica del país en cada año. Pero, como señala Pilling, Kuznets nunca se propuso que el PIB midiera el bienestar y mucho menos la felicidad de un país.

La historia del desarrollo de este concepto ofrece una segunda respuesta. Por influencia de Keynes y de otros economistas, así como por las circunstancias históricas del momento (las grandes potencias estaban a las puertas de la Segunda Guerra Mundial), se incluyó en el PIB actividades que Kuznets directamente rechazaba porque las consideraba improductivas o contraproducentes para la sociedad, como el gasto militar.

En cualquier caso, el concepto cuajó y fue adoptado en el diseño y aplicación de las políticas económicas. Poco a poco, casi de modo imperceptible, lo que se había creado como una mera aproximación razonable a la medición de una economía se convirtió en el objetivo principal de política económica. Comenzaba así el delirio del crecimiento. El objetivo de bienestar social pasaba a ser maximizar una variable que solo se puede medir de forma muy burda (en realidad no se mide, se estima) y que incorpora actividades muy discutibles, cuando no abiertamente contrarias a lo que entendemos por bienestar. Por ejemplo, arrasar un bosque es una actividad económica que aportaría valor al PIB según el precio que se hubiera pagado a la empresa encargada de hacerlo.

Pilling ofrece diversos ejemplos de semejante delirio, en un ameno recorrido por diferentes lugares del planeta y con una actitud de sano escepticismo. Desde países en que una única persona se encargaba de medir el PIB nacional –es el caso de Zambia–, hasta actividades cuya aportación al PIB se mide con criterios chocantes- el diferencial de tipos de interés como aproximación al valor añadido de los servicios financieros.

¿Concluye Pilling que deberíamos deshacernos del PIB y buscarle un sustituto? No. Con todas sus limitaciones y contraindicaciones, el PIB sigue siendo una herramienta útil. Indicadores alternativos que han ido surgiendo en los últimos tiempos no logran aportar tanta información de forma tan sintética. Esa es la gran virtud del PIB. No obstante, David Pilling recomienda que tomemos el PIB con una sana dosis de escepticismo. Por un lado, porque debemos preguntarnos qué deberíamos incluir y qué habría que excluir de su medición. De otra parte, porque estamos muy lejos de medirlo con precisión. Seguramente una actitud acertada es la que también recomienda el autor británico: miremos al PIB, pero no perdamos de vista otras variables que nos ayudan a hacernos una mejor imagen de cómo son las condiciones de vida para la gente.

José Luis Álvarez Arce
Universidad de Navarra